ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

En el presente semestre ingresaron a la Academia, como miembros de número, los señores Profesor Carlos Deneumostier, en la Sección de Ciencias Naturales, y doctor Víctor Ribón.

A continuación publicamos los discursos de estos dos nuevos académicos y los que en contestación a éstos pronunciaron los doctores Julio Manrique y Arturo Arboleda.

DISCURSO

DEL PROFESOR DON CARLOS DENEUMOSTIER

Señor Presidente de la Academia de Medicina, señores académicos:

El hecho de hallarme entre vosotros constituye para mí un altísimo honor y sería motivo de un inmenso orgullo si la modestia no existiera. Y debo manifestaros honradamente que la elección con que me habéis favorecido ha sido causa de una enorme sorpresa, ya que mis escasos merecimientos personales son harto insuficientes para justificar mi ingreso a la muy ilustre Academia de Medicina y Ciencias Naturales que vosotros personificáis.

No se me escapa en manera alguna que lo que habéis querido premiar en mí es el esfuerzo general de todos los que se consagran a la ardua tarea de la enseñanza de las ciencias naturales y de la experimentación científica. Lo

acepto agradecido, porque ese honor va, entre otros, a los profesores que me formaron intelectualmente y a las escuelas donde aprendí a estudiar con espíritu tranquilo y disciplinado algunos, muy pocos, de los problemas que cautivan la humana actividad. En mi persona honráis a todos esos educadores que me enseñaron a esforzarme a ser, como ellos, un maestro que ama su profesión, procura ser amigo de sus discípulos y un investigador consciente e imparcial.

El trabajo que me permití someter en el año de 1918 a la Academia es el fruto de un esfuerzo pedagógico cumplido durante varios años en la enseñanza superior; para obtener el resultado educativo que anhelaba, surgió esa colección de cincuenta y cuatro gráficos sobre la *Ontogenia de los protistos y de los vegetales*, colección cuya propiedad ofrecí a la docta Academia de Medicina y Ciencias Naturales en memoria de los sabios naturalistas colombianos cuyo nombre llegó hasta mí más allá de los mares y que se fueron dejando a las futuras generaciones grandes y novilísimos ejemplos.

En cumplimiento de un sagrado deber y en nombre de la noble causa de la enseñanza recordaré las figuras de los principales defensores y propagandistas de las ciencias naturales y aplicadas que la Academia de Medicina contó entre sus ilustres miembros:

Liborio Zerda, el químico investigador incansable, profesor eminente cuyos profundos estudios sobre la chicha, hechos con la colaboración de Francisco Javier Tapia y Josué Gómez, fueron altamente apreciados.

Luis Herrera, Profesor de Química de la Universidad Nacional, conocido por sus innumerables trabajos de análisis relativos, especialmente, a las sustancias alimenticias.

Nicolás Sáenz, naturalista que se dedicó a estudios geológicos sobre la Sabana de Bogotá y las salinas de Cundinamarca, Profesor de Zoología en la Facultad de Medicina y verdadero iniciador del cultivo científico del café en Colombia.

Nicolás Osorio, quien fue Presidente de la Academia, Profesor fundador de la Facultad de Medicina por más de treinta años, Rector de la misma, autor de varios trabajos botánicos, entre los cuales señalaré el notable estudio sobre las quinas de Colombia, que mereció los elogios del sabio Triana.

Juan Evangelista Manrique, quien ocupó también el sillón presidencial en la Academia de Medicina, principió las investigaciones sobre los argas colombianos, llevó en las ciencias médicas muy alto el nombre de Colombia y fue a la vez un profesor y un cirujano de valor incomparable en la Facultad de Bogotá.

Me permitiréis recordar especialmente la fecunda labor científica de otro ilustre colombiano, discípulo del sabio botánico y zoólogo Bayón, Juan de Dios Carrasquilla, quien fue Presidente de la Sociedad de Ciencias Naturales y Medicina, hoy Academia Nacional de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá. Se dedicó durante más de treinta años a estudios y experimentaciones agrícolas y zootécnicas, luchó por fundar en Colombia la agricultura científica, fue el primero

que puso en práctica en el país las ciencias bacteriológicas y consagró su vida entera al estudio de la naturaleza y de varios problemas de higiene y de patología humana. Son conocidos en el mundo científico, donde se sabe apreciarlos, sus estudios admirables sobre la climatología de Colombia, con sus estadísticas escrupulosas que los acompañan; su memoria sobre las mareas atmosféricas o fluctuación de la presión; sus conferencias de agrología; sus estudios prehistóricos relacionados con la geología; dignos de la más grande admiración son los esfuerzos que hizo para obtener, con peligrosos y delicados ensayos, un suero antileproso; sus trabajos y comunicaciones sobre la etiología, el contagio y la propagación de la lepra; sobre el paludismo y su profilaxis. Como explorador de las cordilleras occidentales, en colaboración con José Vicente Uribe, promovió la apertura de un camino hacia el Chocó. Como propagandista incansable dejó una obra importantísima, desinteresada, la colección de diez y seis tomos de *El Agricultor*, periódico cuya dirección le había sido confiada. Cuando ocupaba el puesto de Comisario de la Agricultura Nacional presentó a la consideración del Poder Ejecutivo y del Congreso un informe relativo al estado de la agricultura en Colombia y a las medidas que convendrían para fomentarla. En dicho trabajo disertó sobre la enseñanza agronómica y dio prueba de su talento y de sus profundos conocimientos. Las conclusiones a que llegaba, las organizaciones que preconizaba, son dignas de aplicación hoy día. Fundador y Director del

primer Instituto Nacional de Agricultura en Colombia en el año de 1880, luchó, sacrificando intereses y salud, para difundir la ciencia agronómica, base del engrandecimiento económico de la Patria.

Juzgándole como catedrático y como hombre de estudio e investigador, repetiré lo que se escribió en la «Revista del Ministerio de Obras Públicas y Fomento» en junio de 1908:

«A más de conocimientos sólidos, de ideas de deber, de trabajo, de lealtad, de libertad, de justicia, inspiró a sus discípulos sentimientos de confianza, de respeto, de estimación, que son los que siempre inspira un verdadero maestro. Su autoridad no se temía sino que se amaba, porque la que ejercía no era debida a su situación sino a las nobles cualidades de su espíritu y de su corazón....

«Tenía absoluta independencia de ideas, estimaba las teorías científicas por lo que tuvieran de fecundas, sin creerlas definitivas, y decía que las épocas florecientes de las ciencias habían sido siempre aquellas en que los dogmas científicos habían sido destronados.... En alejar del espíritu humano ideas erróneas transmitidas por la rutina, la tradición, el hábito o la ciega admiración por determinada escuela y sustituírlas por el libre examen y la verificación personal, reside una de sus principales características.»

A todos estos nobilísimos muertos, cuya auréola de gloria nos ilumina y nos indica el camino de la rectitud profesional, dedico la corta disertación que voy a tener el honor de desarro-

llar y cuyo tema puede resumirse en las proposiciones siguientes:

Las ciencias naturales puras y aplicadas permiten cultivar las facultades intelectuales y morales de los alumnos y el estudio y las investigaciones científicas forman los verdaderos maestros y los investigadores conscientes.

Señores:

La situación especialísima de la juventud que busca el saber y la determinación de los métodos adecuados para que ella realice sus anhelos, desarrollando ampliamente sus facultades asimilativas, ha sido para mí una preocupación constante que me ha hecho ver cuánta es la verdad que encierra la frase de Montaigne: «*La jeunesse doit avoir la tête plutot bien faite que bien pleine.*» Persiguiendo ese fin el maestro deberá concretar sus esfuerzos a despertar, ejercitar y desarrollar todas las facultades del alumno, las que constituyen un conjunto indivisible, teniendo siempre presente que importa más que la adquisición de conocimientos ya elaborados, el capacitar a las inteligencias para que los adquieran por su propio esfuerzo, para lo cual hay que mantener alerta las facultades de percepción, de atención, de juicio, de raciocinio, de memoria y de imaginación.

La percepción se aguza con los ejercicios repetidos de observación, que son la base de la enseñanza de las ciencias naturales, puras y aplicadas; examinados y analizados los hechos hay que entrar luégo a experimentar con ellos, es decir, a repetir un fenómeno previamente obser-

vado variando las condiciones operatorias hasta que el alumno anote y exprese correctamente todo lo concerniente al hecho que estudia. Por medio de la observación y de la experimentación es como se llega al conocimiento verdadero de las cosas.

La atención del discípulo se obtiene y perfecciona haciéndole atractiva la enseñanza por medio de un material escolar adecuado, que le hable a los sentidos, y de una lógica y sencilla ordenación de los hechos que estudie.

Desarrollada la facultad de la atención ya puede exigirse del alumno que asimile los juicios emitidos por el maestro o que llegue a formar juicios propios y precisos de las cosas; la misión del maestro es la de un guía que se limita a hacer oportunamente algunas preguntas adecuadas y a corregir, siempre con humor igual, los conceptos errados, educando insensiblemente el juicio y la reflexión.

Para ejercitar las facultades de raciocinio existe el gran recurso de hacer pensar en el porqué y en el cómo de los elementos de las cuestiones estudiadas, sin llegar a caer nunca en los errores y finalistas. Debe conseguirse que el alumno raciocine solo, que mueva espontáneamente su actividad mental hasta que exprese juicio acertado sobre lo que se ve y sobre lo que existe lejos de su vista en su imaginación, facultad que, si ha sido llamada *la folle du logis*, hay que reconocerle que es la base de las invenciones y de los descubrimientos, es decir, del genio.

El saber no se amarra, pues lo que se necesita es incorporarlo en nuestra personalidad;

hay que ejercitar la memoria del alumno sin pretender jamás que ella sea la única facultad que intervenga en el conocimiento. Ese trabajo se ejecuta utilizando las asociaciones de ideas, basadas en principios lógicos, como el de la causalidad o el de la cronología, ayudándose de interrogaciones bien dirigidas y formulando *síntesis* de las materias que se estudien al finalizar ciertos períodos determinados previamente. Jamás debe exigirse que se retenga lo que no se ha examinado lo necesario, lo que no se ha raciocinado debidamente, lo que no se ha entendido, porque ello sería como un emparedamiento del espíritu entre palabras sonoras pero absolutamente vacías.

Cultivando todas las facultades nombradas de manera que una de ellas sirva a las restantes, y todas concurran en auxilio de una cualquiera de ellas, se logrará la más perfecta educación intelectual, que es hermana gemela de la educación moral. El desarrollo de las facultades intelectuales influye directamente sobre la sensibilidad, acrece el poder de la voluntad y exalta, por consiguiente, la noción del deber, ya que inculca hondamente el amor a la verdad, y la verdad y el deber siempre van juntos.

El estudio y las investigaciones científicas bien entendidas imponen al futuro maestro el convencimiento de esas verdades psicológicas y morales y lo preparan para llevar a buen fin su apostolado, a la vez que alejan de su espíritu toda idea preconcebida, toda idea finalista y todo dogmatismo, que no tienen cabida en los estudios biológicos, debido a la imprecisión misma

de las nociones en que se basen las ciencias naturales. En todo orden de conocimientos relativo a los seres vivientes, solamente los hechos persisten, y si bien es cierto que la interpretación tiene una grande importancia cuantitativa, su valor cualitativo es muy relativo, ya que las teorías pasan, cambian, y hay que aplicarles siempre la política de la puerta entreabierta, a fin de que el espíritu pueda deshacerse de ellas para reemplazarlas con otras más de acuerdo con las nuevas indicaciones de las ciencias experimentales, las cuales aconsejan que se dude mientras los hechos no imponen afirmaciones definitivas. Las hipótesis son guías provisionales, y por ello jamás debe llegarse por mero sentimentalismo a dar carácter de verdades absolutas a las causas que nuestro gusto se incline a suponerle a un efecto determinado. De ahí que las únicas garantías del progreso de las ciencias naturales sean la consciencia neta que tenemos de sus imperfecciones y la esperanza de poder ensanchar indefinidamente su dominio.

La ambición del investigador debe siempre limitarse a buscar las causas naturales de los hechos, las leyes naturales que los rigen, a sabiendas de que sus conclusiones deben considerarse en todo caso como aproximadas y convencionales; trabajando de esa manera queda precavido contra el peligro de las palabras, cuyo sentido evoluciona paralela y racionalmente con las ideas. Si las nociones nuevas, justas y útiles, hipotéticas y concretas, necesitan de las palabras para condensarse en la mente en forma precisa, hay que dar a tales palabras un sentido

claro, preciso, generalmente admitido, sin pretender que ese sentido pueda aceptarse como medio de ocultar nuestra ignorancia. En materia de asuntos científicos es preferible no tener ideas a tenerlas imprecisas y darles aspecto de verdades mediante palabras mal definidas. En las ciencias no pueden tener cabida las mentiras. Quien las estudia llega irremisiblemente a amar la verdad y jamás se declara satisfecho con explicaciones simplistas de las que exigen el menor esfuerzo y ocultan su carencia de valor bajo un aparataje de palabras pomposas. El hombre de ciencia desarrolla su espíritu en un ambiente de precisión mediante las prácticas constantes que realiza, y llega a constituír paulatinamente su sentido crítico que lo habilita para afrontar con libertad y serenidad los problemas que se presentan a su actividad.

El hombre de estudio se acostumbra a observar con atención sostenida y despertada a tiempo, y se convence de que hay que utilizar en la enseñanza el método intuitivo hasta donde más sea posible, y considerando la dificultad de las observaciones, en presencia de la complejidad de los fenómenos, recurre al método experimental, tanto en sus estudios como en sus lecciones, tratando de eliminar las causas de error y las circunstancias que puedan comprometer los resultados, hasta aislar cuidadosamente la causa o el efecto objeto del estudio: Se cuida, además, de generalizar con demasiada prisa, acumula numerosos casos particulares antes de darles una significación general, y mediante una prudente inducción, autorizada por los estudios compara-

tivos, establece la clasificación lógica de sus conocimientos y de las leyes aproximadas que rigen las manifestaciones de la vida de los seres, con todo lo cual logra hacer atractivo tanto su propio trabajo como su enseñanza. Con mayor prudencia aún utiliza el método deductivo que aplica leyes generales a los casos particulares, y no olvida que este método supone bases establecidas por previas inducciones; en biología la deducción es harto peligrosa, cuando se aplica sin las debidas precauciones, porque una ley no se cumple sino en las condiciones precisas en que fue establecida, y porque es muy difícil determinar si todas esas condiciones están presentes en el momento de la aplicación de la ley general.

El estudio de las ciencias naturales enseña tanto al futuro maestro como al discípulo a elegir un método, y es cosa demasiado sabida que el método es el agente del éxito, ora en el trabajo personal, ora en la enseñanza; además, esos estudios nos demuestran que en la educación lo esencial no son las cosas enseñadas o aprendidas sino la disciplina a que se someten las facultades intelectuales, llamadas a obrar con entera libertad.

Quiero concluír anotando que la enseñanza y el estudio experimentales de las ciencias naturales puras y aplicadas, mejor que cualquiera otra enseñanza y cualquier otro estudio, conducen al perfeccionamiento de las facultades intelectuales y morales, porque desarrollan el espíritu de investigación, hacen que todo esfuerzo propio se cumpla con espontaneidad, guían rectamente el raciocinio y el juicio y discriminan

claramente lo conocido de lo hipotético, por todo lo cual el educador en la cátedra o en el laboratorio y el discípulo en sus estudios estarán siempre convencidos de que el espíritu nunca debe aprender ni enseñar nada en condiciones de esclavo.

DISCURSO

DE CONTESTACIÓN DEL DOCTOR JULIO MANRIQUE

Señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina y Ciencias Naturales, señores académicos, señores, señor Deneumostier.

La Academia Nacional de Medicina y Ciencias Naturales me ordena que os salude, con motivo de vuestro advenimiento al seno de la corporación, a vos que sois el primer extranjero a quien distinguimos con título de miembro de número de esta que es la más respetable y la más antigua de las corporaciones científicas colombianas.

Y a fe que estas puertas se os han franqueado porque vuestra carrera, vuestra actuación como Director del Instituto Agronómico y los importantes trabajos que en muchas revistas extranjeras corren con vuestra firma, os acreditan como verdadero hombre de ciencia y por consiguiente como digno del título que os hemos concedido por elección unánime.

Venís, señor, de esa grande escuela de Gembloux, que ha irradiado al mundo entero la ciencia agronómica, porque si es cierto, como dice Wurst, que la química es una ciencia francesa, la agronomía, se puede decir, imitando al

gran alsaciano, que es una ciencia netamente belga. Gembloux ha sido uno de los más poderosos elementos de grandeza de ese país de los belgas, uno de los más pequeños de la tierra en extensión, y el más grande en lo que respecta al heroísmo de sus hijos, que aprendieron en los campos y en los laboratorios lo que vale una patria, lo que vale una frontera. La historia del gran instituto belga data del año de 1860. Antes existían algunas escuelas de agricultura práctica, que no dieron ningún resultado, como nunca han dado esta clase de funciones cuando no emanan de una escuela en donde se estudien y se practiquen los grandes hechos, que analizados y en forma sencilla llegan hasta el labrador, quien aprovecha el esfuerzo intelectual de aquellos que en la quietud del laboratorio buscan verdades que sólo las ciencias experimentales pueden enseñar y que surgen para el sabio de la retorta o del microscopio, del horno o de la balanza, y van a convertirse en los campos en fuentes de prosperidad y de riqueza.

En el año citado y bajo la iniciativa del gran Ministro Carlos Rogier, la antigua abadía de Gembloux fue convertida en magnífico instituto agronómico, en donde por más de veinte años se hicieron estudios de esa ciencia, que hoy es una ciencia única que no puede ser enseñada sino por especialistas en la materia. Con este instituto sucedió lo que acontece siempre con todo organismo que prospera; de él se derivaron por ley natural una serie de fundaciones que han hecho un todo armónico con la escuela madre y en las cuales los estudios de agronomía

han llegado al excelso grado de perfección en que hoy se encuentran. Se abrieron entonces la gran Estación Agronómica de Gembloux, el Instituto Agrícola de Lovaina la mártir, los laboratorios de análisis agronómicos, el Cuerpo de agronómos del Estado, el curso normal de agricultura especial para institutores, los campos de experimentación regionales, el servicio entomológico, el servicio de fitopatología, además de las escuelas medias de enseñanza de horticultura y de agricultura, de la extensión universitaria agrícola, de los servicios de zootecnia y de selección de plantas y de otras muchas fundaciones que trabajan conjuntamente y cuyos resultados podremos juzgar tanto por la talla de hombres de ciencia que ha producido Gembloux, como por el prestigio que esta institución ha alcanzado en el mundo entero.

De esos hombres a quienes tánto debe la ciencia y a quienes tánto debe la humanidad, he de citaros sólo algunos, entre los cuales oiréis nombres que os son familiares, porque se encuentran con frecuencia citados en los libros de ciencias que vosotros consultáis a diario:

Lejeune fue quien ideó la industrialización de la agricultura y contribuyó al desarrollo de la potencia productiva del suelo.

Fouquet, quien echó las bases del avance de la zootecnia con el desarrollo y la creación de los prados fértiles.

Leyder, el gran zootecnista, creador de la raza caballar belga, que en materia de tiro pesado es la mejor del mundo.

Petermann, el fundador de la mayor parte de los laboratorios de Gembloux y de gran parte

de las fundaciones agronómicas belgas y cuyos trabajos sobre alimentación vegetal y sobre repartición y regulación de abonos son de los más notables en la materia.

Piret, el grande economista.

Chevron, el creador de la industria lechera.

El doctor Laurent, miembro del Instituto de Francia, honor que, como vosotros sabéis, se confiere rara vez a un extranjero, aclaró con sus estudios y sus experimentos esos magnos problemas relativos a la absorción del ázoe libre por las plantas y a la síntesis de los albuminoideos por los vegetales, problema este último que fue tema de aquella gran conferencia del maestro Liborio Zerda, la última que en su vida dictó y que nos llenó de admiración a las cuatro generaciones de discípulos que extasiados oímos al maestro octogenario, por dos horas consecutivas, disertar con criterio propio y en frases inimitables sobre este complicadísimo fenómeno.

¿Y quién que se haya ocupado en geología no conoce los grandes estudios del sabio Malaise sobre el terreno siluriano del centro de Bélgica, estudio coronado varias veces y reputado como el mejor trabajo que sobre geología se haya hecho hasta el presente?

¿Y cuál será el geólogo que no haya admirado el estudio de Stainer sobre los terrenos carboníferos?

De Gembloux son también el agronómo Damseaux, autor de grandes tratados sobre agricultura general y de importantes memorias agrícolas; el zootecnista Raquet, discípulo de Leyder; Marcas, el continuador de Chevron, y el

erudito Marchal, cuyos estudios sobre diversos temas de biología, de fitopatología y de microbiología han sido coronados por muchas sociedades y academias. La producción científica de estos sabios y muchos otros que no cito, por temor de fatigar vuestra atención, forman ya una biblioteca cuyo acervo guarda los principios sobre los cuales se ha desarrollado la moderna ciencia agronómica.

El prestigio que ha conquistado Gembloux en el mundo puede juzgarse por la lista de los países que han solicitado del instituto belga el envío de misiones o de ingenieros para el establecimiento de la enseñanza agrícola. De una manera oficial Italia, Grecia, Rusia, Rumania, España, Bulgaria, Canadá, Brasil, República Argentina, Paraguay, Perú, China, Colombia, Gran Ducado de Luxemburgo y Bolivia. Este es un hecho único en la historia de la difusión de las enseñanzas de una institución. Creo que ninguna otra fundación científica habrá tenido una reputación mayor de efectividad en sus enseñanzas.

Ninguna escuela de medicina o de ingienería, ninguna escuela militar pueden compararse a este respeto con el instituto de Gembloux; y es que en verdad los efectos de la enseñanza agronómica operaron un cambio asombroso en el propio país belga, el cual ha llegado a ser el segundo en cuanto a superficie de tierras trabajadas con relación a la superficie productiva; allí los rendimientos en cereales y en patatas son los más altos del mundo, y en cuanto a azúcar de remolacha sólo Alemania ha podido igualarla en producción por hectárea de terreno.

En aquel maravilloso país, en treinta años, el suelo ha duplicado su producción gracias al uso científico de los abonos; el número de animales domésticos sólo es mayor, por hectárea de terreno, en Dinamarca, lo que traducido en cifras dio para el año de 1913 un capital agrícola de dos billones de dólares.

¿Quién puede dudar de que en esta prosperidad de cuento de hadas, en este máravilloso progreso, el instituto de Gembloux no tiene la mejor parte, como centro que ha sido de todo la enseñanza agronómica en Bélgica?

A Gembloux llegan todos los días estudiantes del mundo entero. En 1896 había en el instituto ochenta y un extranjeros, número que fue creciendo progresivamente hasta llegar a más de trescientos en 1914. En el espacio de tiempo entre los años citados ha habido un contingente de estudiantes de otros países del 40 por 100 sobre una población escolar de cerca de dos mil quinientos alumnos.

El resultado de las misiones de Gembloux a dondequiera que se han establecido y se les ha prestado el contigente necesario para el desarrollo de sus prospectos, ha sido admirable. Para no citar sino países de condiciones análogas al nuéstro, os diré que en el Perú la misión belga comenzó trabajos en el año de 1900 y ha estado compuesta hasta de diez y seis ingenieros, dirigidos siempre por un agrónomo de Gembloux. Ellos han fundado un centro de enseñanza superior, un centro de enseñanza práctica, una granja anexa a estos centros y una estación central agronómica, centro de experimentación y de consulta.

Allí han formado un personal idóneo para la enseñanza superior, de tal manera que hoy la mayor parte de las cátedras están a cargo de peruanos que desempeñan satisfactoriamente su cometido; de allí mismo han salido los maestros que están dirigiendo las diversas secciones agrícolas; el personal oficial para ciertos ramos de la Administración Pública, y muchos ingenieros agrónomos que están hoy a la cabeza de grandes explotaciones industriales. Los resultados para el país no han podido ser más satisfactorios, supuesto que únicamente para el azúcar la exportación ha aumentado en estos últimos quince años en cien mil toneladas sobre ciento cincuenta mil que se exportaban anteriormente. Durante este tiempo la exportación del algodón ha triplicado. En los demás países los resultados han sido semejantes.

Nosotros, más que ningún otro país, necesitamos el desarrollo intensivo de nuestra agricultura, al mismo tiempo que necesitamos cambiar nuestros métodos de enseñanza. La observación y la experiencia, dice Bacon, no son sino una misma cosa, dado que la experiencia no es sino una observación provocada oportunamente, y esta observación y esta experiencia son las únicas bases sobre las cuales podremos edificar una enseñanza sólida de agricultura. La mayor parte de las enseñanzas entre nosotros se hacen por medio de lecciones aprendidas de memoria, en textos más o menos apropiados, y con harta frecuencia los profesores de física o de química no disponen de más elementos para hacerles comprender a sus discípulos los grandes fenómenos

de la materia que de un pedazo de tiza y un mal pizarrón; lamentables métodos que hacen que el alumno en vez de independizar, por medio del estudio, su criterio se habitúe a que no hay más verdad que la contenida en los libros o la salida de los labios del maestro.

Nosotros nos asustamos cuando se nos piden laboratorios y campos de experimentación y encontramos fabulosas las sumas que para tales objetos deban destinarse, porque ya es una arraigada tradición en nuestras escuelas sustituír la experiencia por complicadas descripciones y juzgar de las dotes de investigación del educando por la facilidad con que repita los párrafos del libro que sirva de texto. Para nuestro medio no habrá un hombre mejor preparado que el que conozca a fondo las ciencias naturales y tenga extensos conocimientos en matemáticas, y esto es lo que resulta para los discípulos de las escuelas que obedecen al plan de la gran escuela belga.

Entre los grandes problemas que nosotros tenemos que resolver, los problemas agronómicos ocupan el primer lugar. La producción de nuestro suelo es mínima con respecto a su extensión y a su capacidad productiva; la miseria de nuestras clases pobres, que como ciertos náufragos mueren de sed en medio de la inmensidad de las aguas, es una de las principales causas de la degeneración de nuestro pueblo, que en ciertas regiones del país no es que degenera sino que sucumbe por falta de los medios necesarios para su sustento y para su vestido.

El actual momento en la historia de la ciencia es de recapitulación. Hay que contemplar lo

que el mundo de ayer alcanzó en las luchas científicas, y ahora que estamos en el principio de una éra nueva, lancemos una mirada al pasado antes de aventurarnos en el porvenir; recorramos las vías por las cuales las asociaciones humanas han llegado a los campos del bienestar y la prosperidad. Reflexionemos lo que para otros países ha sido la enseñanza agronómica. Pensemos en ese país que tan grande supo ser en la guerra, y por camino amplio, esquivando la encrucijada, penetremos resueltamente en los extensos campos que para nuestras riquezas nos abren las matemáticas y las ciencias naturales.

Señores académicos: la obra de nuestro nuevo compañero es ya bien extensa; ingeniero agrónomo y de las industrias agrícolas, laureado en varias ocasiones durante su carrera en Gembloux; Profesor y luégo Director del Instituto Agronómico de Lima; ha publicado en varias revistas europeas y americanas importantes memorias, de las cuales apenas os citaré las siguientes: «Contribución al estudio del dosaje del almidón» (París, 1904); «Contribución al estudio de las condiciones de temperatura y de humedad en la determinación del poder germinativo de algunas gramíneas agrícolas» (Gembloux, 1906); «Estudio sobre la mejora de ciertas cebadas» (Gembloux, 1907); «De las leyes de correlación en el trigo» (Gembloux, 1910).

En Lima hizo importantes observaciones sobre la selección y el mejoramiento de un *solanum silvestre*, observaciones que publicó en extensa memoria, que completó luégo en 1912,

con un trabajo titulado «Estudio de las papas silvestres tuberculíferas.» Es autor también el Profesor Deneumostier de una memoria sobre la «Ausencia de espinas en algunas tunas de Burbank»; de trabajos sobre la selección de algodones silvestres y sobre selección de plantas de maíz. Vosotros conocéis ya la importancia del trabajo que para enseñar fácilmente la ontogenia de los protistos y de los vegetales presentó a esta Academia como trabajo de admisión y consistente en una serie de cuadros en los cuales, por medio de gráficos sencillos, se explica la manera como se verifican los complicados fenómenos ontogénicos; en este trabajo se puede apreciar el gran valor del nuevo académico como pedagogo y como naturalista.

Señor Deneumostier: venís a ocupar en la Sección de Ciencias Naturales de la Academia Nacional de Medicina y Ciencias Naturales de Colombia un sillón que ha sido ocupado por naturalistas como Liborio Zerda y Juan de Dios Carrasquilla, quienes, lo mismo que aquella pléyade de botánicos que arranca desde el gran José Celestino Mutis, y en la cual han formado parte Caldas, Matiz, Triana y en los tiempos más cercanos Carrasquilla, Posada Arango, Bayón y Cuervo Márquez, han contribuído a que el nombre de nuestra República sea bien conocido en el mundo de las ciencias naturales mucho más allá de nuestras fronteras. Venid, señor, a trabajar con nosotros: extenso campo tenéis y colaboradores que os saben comprender y que han estimado en lo que vale vuestra ya extensa labor científica.

DISCURSO

DE RECEPCIÓN DEL DOCTOR VÍCTOR RIBÓN

Señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina, señores académicos, señores:

Ingresar, como ahora lo hacemos, en esta corporación científica, no sólo la más alta en su clase, sino también la más antigua en Colombia, es alcanzar el mayor honor, proveniente de sus compatriotas, a que puede aspirar un médico en nuestra República, lo que origina en nuestro ánimo inmensa e indefinida gratitud que no puede expresarse con palabras, porque a éstas, por férvidas que fueran, las ahogaría ese mismo sentimiento....

Hemos escogido como argumento de nuestro humilde trabajo académico el ELOGIO DEL DOCTOR PROTO GÓMEZ, tema excelso a todas luces y desde cualquier punto de vista que se le considere: achacad, por lo tanto, no a él, sino única y exclusivamente a nuestra incompetencia, las deficiencias y las imperfecciones que hallaréis en su desarrollo.

El doctor Pedro María Ibáñez, a quien adornaron múltiples y excelsos méritos en diversos campos del humano saber, y cuya muerte, a causa de los mismos, no será nunca tan lamentada como debiera serlo, fue distinguido médico que perteneció a esta ilustre Academia Nacional de Medicina de Colombia; erudito cronista que integró la de Historia y que cumplió a conciencia con el deber de escribir, no sólo para deleite de la sociedad de que fue valioso miembro,

sino también para el de las generaciones venideras, la narración de los hechos de cuyo encadenamiento y conjunto surge el vasto dominio intelectual presidido por Clío, produjo una obra de alta valía, que modestamente tituló: «Memorias para la Historia de la Medicina en Santafé de Bogotá»; de ella transcribimos textualmente los rasgos biográficos que destacan con toda verdad la ejemplar vida del doctor PROTO GÓMEZ, los que hemos complementado con datos suministrados por un meritísimo miembro de su honorable familia política, y con algunos de los brillantes conceptos pertenecientes al artículo destinado a honrar su memoria, original del esclarecido doctor Pablo García Medina y publicado en la *Revista Médica de Bogotá*.

***

El doctor PROTO GÓMEZ, distinguido Profesor, nació en Tensa (Estado de Boyacá) en 1844; en 1854 vino a Bogotá con el objeto de estudiar literatura, y con tal fin se matriculó en el Colegio de San Bartolomé. En 1858 pasó a un Colegio particular, llamado «Independencia»; en él terminó sus estudios literarios, y principió a cursar medicina en 1860. Al siguiente año asistió a los cursos médicos que se daban en el Colegio Mayor del Rosario y en el Hospital de Caridad; mas habiéndose suspendido éstos, por causa de la guerra civil de aquellos años, y no siendo posible en dicha época llegar a obtener un título académico honroso, resolvió el doctor GÓMEZ continuar sus estudios en Europa.

Matriculóse en la Escuela de Medicina de París en 1865, y en 1870, por causa de la gue-

rra franco-prusiana, se vio obligado a dejar a París y a continuar sus estudios en la Universidad de Montpellier. Sirvió en aquella época de practicante en el Hospital de San Eloy, convertido en hospital militar; terminada la guerra, regresó a París y obtuvo el diploma de doctor en medicina, escribiendo para el examen general una tesis titulada *Des blessures de lœil.*

Hizo el doctor Gómez, durante su residencia en París, estudios especiales de las enfermedades de los ojos, en las clínicas particulares de Wecker, Desmarres, Lietbreich y Galezowsky, afamados oculistas, y fue discípulo de medicina operatoria ocular de Meyer.

Regresó el doctor Gómez a Bogotá en 1873, e inmediatamente fue nombrado por la Junta General de Beneficencia Médico de los Asilos de indigentes. Al siguiente año fue nombrado Catedrático de Medicina operatoria de la Universidad Nacional; en 1875, Médico de la Casa de Locas por la respectiva entidad; y en 1876, miembro del Consejo de Examinadores del Estado de Cundinamarca.

El doctor Gómez practicó, con éxito feliz, las más difíciles operaciones oculares: cataratas por extracción, iridectomías, ectropiones, extirpaciones del globo ocular, etc.

Durante su residencia en París sirvió el cargo de Cónsul General de Colombia, y se contó entre los miembros fundadores de la Sociedad Latinoamericana. También fue miembro fundador de la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá, y a poco tiempo, su Presidente. En 1876 fue Representante por el Estado de su nacimiento.

Asociado con el doctor Nicolás Osorio trabajó y publicó en la *Revista Médica* un importante estudio sobre epidemias y una interesante descripción de las formas de viruela que se presentaron en Facatativá en 1881, lugar en que residió entonces como encargado oficial de los Hospitales creados para la epidemia.

El doctor Gómez dio a luz otros trabajos científicos, entre los que citaremos por su importancia: *Envenenamiento por la eserina en colirio.*

En 1889 contrajo matrimonio con doña Elena Mac Douall, dama que a su belleza unía las más altas virtudes domésticas, perteneciente a encumbrada familia de la sociedad bogotana y en la que formó un hogar modelo, al que nunca desamparó la felicidad. Frutos de esta unión fueron las señoritas Alicia y Elvira, dechados de distinción; la primera es hoy esposa del doctor Juan Pablo Gómez Cuéllar.

*
* *

El 18 de enero de 1918 falleció el doctor Proto Gómez, después de una larga enfermedad que soportó con el valor de quien tiene conciencia de haber llenado su misión y cumplido con su deber. El campo de la vida médica tiene también sus héroes; y entre ellos ocupa para nosotros un alto puesto el doctor Gómez, cuya vida fue ejemplo de amor a la ciencia, de abnegada caridad y de verdadero patriotismo.

*
* *

El doctor Ramón Gómez, ilustre jurista y prominente figura en la política de nuestra Re-

pública, fue hermano del doctor PROTO GÓMEZ y, a su vez, jefe de lucida familia, a la que pertenecen los doctores Carlos Esguerra (su hijo político) y Guillermo Gómez Cuéllar, caballeros que gozan en esta ciudad de sólida, alta y merecida posición, tanto científica como social, y beneméritos miembros además de esta Academia Nacional de Medicina de Colombia y de otras corporaciones científicas igualmente respetables. Los doctores Ramón y Juan Pablo Gómez Cuéllar son sencillamente honra del foro colombiano, y los demás miembros de este muy honorable hogar todos dignos del mayor acatamiento.

BREVES COMENTARIOS ACERCA DE SU LABOR CIENTÍFICA

Antes de disertar sobre uno de los muchos trabajos que sobre oftalmología llevó a cabo lucidamente el doctor PROTO GÓMEZ, cumplimos con el grato y honroso deber de rendir homenaje de gratitud y admiración a sus dos ilustres predecesores, únicos oculistas que en esa época ejercieron con éxito en nuestra patria tan difícil especialidad. Uno de ellos, el doctor Librado Rivas, fue al propio tiempo competente Profesor de la Clínica de maternidad: nuestro eminente colega el doctor Luis Rivas Merizalde, anatómico de idoneidad indiscutible, es su muy digno hijo, y fruto selecto de la rara y feliz conjunción de dos meritísimas familias, adornadas por sendos médicos; abrillanta él al par el apellido Merizalde, ilustrado por su abuelo materno don José Félix, clínico esclarecido de ojo avizor y escritor castizo que enriqueció con impecables

artículos, plenos de su hondo saber, diversos ramos de la ciencia, cuyo dios, Esculapio, nació de los férvidos amores de Apolo y de Corónida; entre ellos merecen especial mención, por su utilidad trascendental, los siguientes: «El Empírico en Bogotá» (1823), «El Desengaño Anatómico,» «Epítome de Elementos de Higiene (1828); «Elementos de Patología General,» «Disertación sobre la Elefancía» (1833),«Cuadros Nosológicos,» «La Tirocelia,» y otros muchos folletos profesionales.

El otro oculista, el doctor Flavio Malo, favorecido también con felices dotes de perspicacia clínica, falleció en 1867. En pro de la luminosa huella por ellos dejada, siguió el doctor Proto Gómez, y en breve coronó la altura que habían dejado vacante; por esto merece con justicia nuestra adhesión, que raya en entusiasmo si se considera que es apenas conciliable la atención de clientela tan numerosa como la que con ahinco lo solicitaba, con lo magno de la labor que realizó al espigar felizmente en casi todas las ciencias médicas.

Poseyó además clara visión del curso progresivo y del futuro desarrollo de hechos que le tocó apreciar cuando apenas comenzaban a esbozarse, y no estaban incluídos aún, por su condición de incipientes, en el número de las verdades definitivamente adquiridas por la medicina.

Comenzaremos por considerar la observación del doctor Proto Gómez titulada «Envenenamiento por la eserina en colirio,» reveladora de su excepcional competencia, de la extraordinaria madurez de su juicio y de su envidiable sangre fría; apreciación precedida, si nos lo per-

mitís, de una disquisición sobre los mióticos, medicamentos, como bien sabéis, dotados de la propiedad de contraer la pupila. No sólo no es de antigua data la adquisición de los mióticos por la terapéutica ocular, sino que puede considerársele como un hecho contemporáneo, puesto que las primeras revelaciones referentes a ellos se remontan apenas al año de 1852, en el que Fraser, de Edimburgo, señaló en su tesis inaugural la propiedad *antimidriática* del grano de una planta de la costa occidental del Africa, que los negros empleaban para dar muerte a los condenados a la última pena por su rudimentaria justicia. En el año siguiente, 1853, Argyll Robertson descubre la acción contráctil de este grano, el haba de Calabar; y Jobst y Hesse, por una parte, y Vée y Leven, por otra, encuentran un principio activo, al que dieron el nombre de *fisostigmina*, los primeros, y de *eserina*, los segundos: dos nombres diferentes para el mismo alcaloide, porque la identidad química y fisiológica de la fisostigmina y de la eserina fue rápidamente reconocida, y establecida de modo terminante. En seguida los estudios sobre este medicamento se multiplican, como lo atestiguan los notables trabajos de Hamer, de Donders, de Laqueur, de Bowmann, de Harley, de Grœfe, de Soelberg, de Wells, de Rosenthal, de Giraldés, de Wecker, de Galezowsky, etc.

Esto no quiere decir, empero, que el haba de Calabar, grano del *physostigma venenosum*, no fuera conocido antes del descubrimiento de Fraser; investigaciones y trabajos hubo anteriormente a él, pero se referían únicamente a sus

propiedades tóxicas. A tales trabajos e investigaciones van unidos los nombres de Daniell (1846) y de Christison, de Edimburgo (1855). Este ultimo ensayó en animales y en sí mismo muestras que le fueron enviadas por un misionero de Calabar, el Padre Waddel. Fue en 1865 cuando Giraldés dio a conocer en Francia este nuevo medicamento, en sus comunicaciones al Congreso Médico de Rouen.

Los mióticos son medicamentos, ordinariamente alcaloides, cuyas soluciones instiladas por gotas en los ojos, *disminuyen las dimensiones de la pupila.* Producen, conjuntamente, una contracción tónica del esfínter y del *músculo ciliar* y disminuyen la tensión intraocular. Estos agentes se emplean principalmente en el glaucoma; a veces en las úlceras de la córnea, especialmente cuando son periféricas. La eserina (de $\frac{1}{8}$ al $\frac{1}{2}$ por 100) y la pilocarpina (del $\frac{1}{2}$ al 2 por 100) se recetan con este fin.

La eserina es más potente y también tiene alguna tendencia a producir irritación conjuntival e iritis, y a veces síntomas generales que, por regla general, son insignificantes y apenas si merecen ser tenidos en cuenta.

El doctor Gómez escribe en Yaguará, en época en que las aplicaciones de la eserina en terapéutica ocular apenas se propagaban en Europa y eran totalmente desconocidas entre nosotros, conceptos idénticos a los que acabamos de expresar, y que ponen de relieve su competencia en oftalmología y lo certeros que eran, por lo tanto, todos sus juicios en esta importante especialidad del vasto campo del arte de curar.

Dicen así:

«Esta sustancia ha sido aplicada diariamente en las clínicas de Europa por los oculistas más notables: allá la hemos visto emplear constantemente, y hemos sabido después de nuestro regreso, que sus aplicaciones tienden a aumentarse; pero hasta ahora esos hombres que observan tan atentamente sus enfermos no han relatado, que nosotros sepamos, ningún caso de accidentes serios.» Cotejad esta apreciación con las actuales ideas al respecto, arriba expuestas, y se os impondrá su veracidad.

Describe en seguida el estado actual de un cliente suyo afectado de atrofia papilar incipiente y de cuerpos flotantes en el vítreo: como era individuo de pupilas tan pequeñas, que impedían la exploración de las regiones ecuatoriales del ojo, hubo de instilarle un colirio de sulfato neutro de atropina que hizo posible el deseado examen. Pasados cinco días, durante los cuales el paciente usó de anteojos de color y evitó los rayos solares, la midriasis persistía; por tal motivo, y porque el enfermo debía dirigirse a Neiva y a desafiar, así, temperaturas de 30 grados centígrados a la sombra, y la viva luz de las riberas del Magdalena, resolvió hacer cesar la midriasis con el colirio de eserina, del que instiló tres gotas en cada ojo, dejando pasar cinco minutos de intervalo entre cada dos.

Transcribimos textualmente ahora, de la observación escrita en Yaguará, cuyo título dimos al comenzar esta segunda parte de nuestro trabajo, la relación del envenenamiento que fue eficazmente tratado por el doctor GÓMEZ y que le sirvió de base para escribirla:

«Haría diez minutos que estaba en ella (la casa de habitación del autor) cuando vinieron a avisarme que el señor G. estaba con un fuerte ataque y postrado en cama; me trasladé inmediatamente a su domilicio y encontré a G. acostado, sumamente pálido, desencajado, casi sin poder moverse y con la piel cubierta de un sudor frío abundantísimo: es de advertir que acostumbrado al calor de esos lugares, no sudaba casi nunca; el pulso en las radiales era unas veces fuerte y precipitado, otras lento y débil; a ratos filiforme; los movimientos del corazón, tumultuosos y desordenados; sufría de cefalalgia y de náuseas y vómitos constantes, lo que hacía que la postración fuera mucho mayor. Lo hice levantar con gran trabajo, pero en esta posición no pudo mantenerse largo tiempo, y hube de sostenerlo para que no cayera al suelo, ponerlo de nuevo sobre la cama, en la que se repetían estos síntomas por series no interrumpidas, siendo cada vez más acentuados los vómitos, los sudores y la falta de fuerzas.

«Convencido de que lo que tenía delante era un caso de envenenamiento por la eserina, quise alejar la causa: para esto bañé profusamente los ojos del paciente y lo hice gargarizar por si había todavía alguna porción del colirio en estas regiones; le administré además una poción alcohólica.

«Por un momento pense en administrarle la atropina, considerándola como un antagonista; pero el recuerdo de haber observado una postración casi igual en los casos de atropinismo de que he hablado, me hizo desistir de semejante idea, porque temía un resultado desfavorable.

«Me contraje a hacer aplicaciones excitantes y administrar unas tazas de café negro al interior, que al principio fueron arrojadas, pero después ayudaron a contener el vómito.

«La escena duró dos horas y media de inquietudes entre la vida y la muerte para el paciente, y llenas de angustias para mí. Lo primero que calmó fue el vómito, luégo los sudores y en seguida la postración de fuerzas, dejando un poco de cansancio y de cefalalgia frontal. Tres horas y media habían pasado cuando mi cliente tomaba un copioso almuerzo que le hizo disipar el malestar que le quedaba.

«Por la tarde todo había pasado; la excesiva contracción de las pupilas había desaparecido, y habían vuelto a su estado normal, lo que me anunciaba que la acción de la eserina había cesado, dejándome una enseñanza más: la de que la acción de la eserina es más fuerte que la de la atropina, pero más rápida; y un consejo que dar a mis comprofesores: sed prudentes en la aplicación de la eserina, a pesar del adagio que que dice "de nada vale la experiencia en cabeza ajena."»

Además de esta importantísima observación, escribió el doctor Proto Gómez otros muchos trabajos sobre oftalmología, igualmente meritorios; entre ellos se destacan, por su interés clínico, el titulado «Midriasis Refleja,» ocasionada por la presencia de ascárides en el intestino del paciente; y por su actualidad perpetua, el escrito en el año de 1886, que estudia las aplicaciones de la cocaína como anestésico ocular y distinguido en el nombre de «Nuevas aplicaciones de la cocaína.»

*
* *

Una de las cualidades que caracterizan a las mentalidades superiores, como la del doctor Proto Gómez, es su complejidad, en cuya virtud encierran en sí múltiples capacidades, laudables todas, de cuya totalidad resulta su excepcional mérito; las siguientes líneas, corroboradoras de estos asertos, nos lo pintan de modo evidente como escritor conceptuoso, como filósofo impávido, como cirujano práctico a la par que competente, y como higienista previsor.

«La inminencia, es decir, la espada de Damocles que tenemos suspendida a toda hora sobre nuestras cabezas; eso que vulgarmente traducimos por "estar a punto de morir"; ese temor, esa sospecha de que el enfermo que tratamos vaya a sucumbir cuando menos se piensa; esa palabra que no sirve sino para angustiarnos con la idea de que podemos quebrarnos una pierna, si caminamos; hacernos añicos, si se hunde la tierra o revienta un volcán; esa palabra.... no tiene valor clínico ninguno ... porque el hombre sobre la superficie del globo está a cada instante expuesto a todo; está bajo la inminencia de todo lo bueno y de todo lo malo.

«Los cirujanos desde tiempos muy remotos se apercibieron de que los enfermos están bajo la inminencia, o más bien, sujetos, según las condiciones en que se hallen colocados, a una serie de accidentes más o menos temibles; los buenos cirujanos de todas las épocas, y los que no han perdido este punto de vista, se apresuran a rodear a sus enfermos de todas las condiciones higiénicas; a poner en práctica los mejo-

res métodos de curación, a fin de ponerlos al abrigo de todas las complicaciones que puedan sobrevenir.»

(Del informe sobre el trabajo del doctor Manuel Ramón Pareja, sobresaliente médico bolivarense, titulado «Abscesos fríos con inminencia de infección purulenta.»

***

En los siguientes conceptos, que forman parte del informe que rindió el doctor Proto Gómez sobre la «Observación de un caso de fiebre tifoidea seguida de remitente perniciosa,» y cuyos autores fueron los doctores Policarpo Pizarro y Abraham Aparicio, se destaca su pericia en la observación de los pacientes, la sutileza de su análisis y su facultad comprensiva que le permitía abarcar simultáneamente los múltiples aspectos que puede presentar un tema dado:

«No obstante, la curiosidad, y más que esto, al deseo científico de saber si existió realmente una fiebre intermitente perniciosa, nos lleva a preguntarnos si la hubo o nó, independientemente de la tifoidea.

«Lo que no podemos negar es que el elemento remitente existió, si por él entendemos un estado febril con accesos que no están separados por un período de apirexia, sino en los cuales hay únicamente atenuación de los síntomas, sin que éstos lleguen a desaparecer completamente. Mas porque esta forma haya existido ¿estamos autorizados para decir que hubo una fiebre remitente, enteramente diferente de la fiebre tifoidea, es decir, independiente de la enfermedad inicial?

«¿No podríamos suponer que la fiebre tifoidea no había desaparecido, o que era una recaída que se presentaba revestida de un carácter de gravedad, del cual no hay la menor duda? La recaída de la fiebre tifoidea no es rara, y los síntomas de remitencia se han observado siempre que hay una complicación cardíaca, por ejemplo, o cuando el paciente ha sufrido anteriormente de fiebres intermitentes, de lo que no sabemos ni una palabra.»

Esta interesante observación mereció los honores de una serena discusión científica en que alternaron, además del informante y de uno de sus autores, el doctor Abraham Aparicio, los eminentes Profesores Rocha, Osorio, Rengifo y Plata Azuero; ella dio motivo, además, para que el doctor José Tomás Henao, que ejercía entonces en Sonsón, enviara a la Academia Nacional de Medicina una observación semejante a la en que ya nos hemos ocupado; pero en la del doctor Henao la forma de fiebre remitente perniciosa palúdica que sucedió a la tifoidea, fue la diaforética. Los hechos materia de ambas observaciones, contradicen abiertamente la teoría de Boudin, vigente entonces, según la cual las infecciones tifoidiaca y palúdica se excluyen.

Los ilustres Profesores, gloria de la ciencia médica nacional, que expusieron con lujo de competencia sus opiniones al discutir la primera de las observaciones mencionadas, han bajado ya a la tumba y dejado con su lamentable desaparición un vacío, difícil de llenar, en la ciencia y en la sociedad colombiana.

*
* *

Del magistral artículo titulado doctor PROTO GÓMEZ, escrito por el sabio maestro doctor García Medina, transcribimos las líneas siguientes, referentes a una de las actuaciones más brillantes del doctor PROTO GÓMEZ en el curso de su gloriosa y loable vida:

«Para el doctor GÓMEZ servir a la ciencia implicaba servir a la patria, y por consiguiente a la sociedad, sin distinción de clases. Por eso lo vimos ponerse al frente de una campaña sanitaria sin vacilación y sin miedo, para detener una enfermedad epidémica, que haciendo numerosas víctimas y revistiendo excepcional gravedad, había invadido a Cundinamarca y estaba ya a las puertas de la capital. Nos referimos a la viruela que en 1881 apareció con tales caracteres que sembró verdadero pánico. Apeló el Gobierno al doctor PROTO GÓMEZ, y él acudió a Facatativá, donde la enfermedad diezmaba la población; con escasa ayuda y casi sin elementos, organizó hospitales, estimuló a los ciudadanos a cumplir con sus deberes y a las autoridades a atender las disposiciones que tanto él como la Junta de Sanidad dictaban. Con grande actividad atendía a los enfermos, y organizó un servicio efectivo de vacunación dirigido por él personalmente. A pesar de estas grandes atenciones, tuvo tiempo para estudiar detenidamente la enfermedad, llevar observaciones clínicas y estadística y consignar todo esto en una bella memoria que sobre "Viruela en Facatativá" pre-

sentó a la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales. Según dicha memoria se observaron en esta epidemia, entre otras modalidades, la *púrpura febril* y la *forma hemorrágica propiamente dicha*, lo cual explica la extraordinaria mortalidad que se observó.»

Respecto a la primera de estas formas se expresa el doctor Gómez así:

«Esta forma llamó siempre mi atención por la rapidez de su marcha, en algunos casos, y porque fue la que causó las primeras víctimas. He creído reconocer dos variedades cuya descripción haré separadamente.»

Entra a describir minuciosamente, y con lujo de detalles, la primera variedad, a la que apellida *púrpura febril propiamente dicha*. Narra admirablemente la sintomatología de los dos primeros días, y en referencia al segundo, expone lo siguiente:

«Durante el transcurso de este día, al mismo tiempo que aparecían nuevos síntomas, se hacían más intensos los que existían; así, la cefalalgía frontal se avivaba sobremanera, las náuseas eran más frecuentes, seguidas de vómitos de materias glutinosas y acompañados de un sentimiento de constricción y de dolor en la región epigástrica, que se hacía sentir especialmente a la presión. Epistaxis abundantes y deposiciones negras; piel ardiente y seca; sed insaciable, que no se podía mitigar sin que las bebidas, aun tomadas en pequeña cantidad, provocaran el vómito. Colocado el termómetro en la axila, marcaba de 40 a 41 grados centígrados.

«Al tercer día la postración era considerable, y los enfermos estaban abatidos. Las náuseas y los vómitos eran menos frecuentes, pero en cambio, las materias glutinosas eran reemplazadas por un líquido sanguinolento de color negruzco; la hemorragia nasal continuaba, pero en pequeña cantidad, lo mismo que la del intestino. La cara era vultuosa y de un color violáceo, que se extendía a toda la superficie tegumentaria. Los ojos, brillantes sin estar inyectados, presentaban vastas hemorragias subconjuntivales en su parte superior y externa; éstas eran precursoras de las manchas equimóticas que algunos autores llaman *rash hemorrágico* (S. Jaccond, "Traité de Pathologie interne"), que en breve iban a aparecer, y que, por ser la única erupción que tiene lugar en el curso de la enfermedad, constituye el carácter esencial de esta forma.

«Me detendré un momento en su descripción, porque no deja de tener algún interés para nosotros.

«Su modo de aparición, su tamaño, su coloración y su abundancia varían según la edad del paciente y la región que ocupan.

«En dos personas de sesenta y de setenta años, que sucumbieron, aparecieron a los dos días; en los de quince a treinta y cinco años, en la noche del tercer día, y en los pocos niños que fueron atacados, más tarde.

«Eran pequeñas, como la cabeza de un alfiler o un grano de mijo, diseminadas en las personas de edad, y tan poco abundantes que necesité de una exploración cuidadosa, para en-

contrarlas en los brazos y en el pecho. En los adultos de ambos sexos, su tamaño variaba entre el de una lenteja y el de medio real.

«Las que se desarrollaban en las mejillas, en la frente, en la lengua y en los antebrazos, eran más pequeñas, y las grandes tenían su asiento en las regiones detoidianas, en el abdomen y en las caderas. La coloración variaba del moreno al negro».

En el capítulo x del trabajo que analizamos, titulado *Causas de la mortalidad*, dice:

«La púrpura febril, esa destructora forma de viruela, que llena de terror a los que han sido testigos de su malignidad, fue en la epidemia actual una de las principales causas de la mortalidad, puesto que *ataca únicamente a los individuos que no han sido vacunados.*

«Si hoy que conocemos mejor esta forma, y si, después de ensayar y de poner en práctica los tratamientos más racionales, estamos en la imposibilidad de curarla, no nos es posible dudar, ni por un momento, de que fue la que hizo entonces más víctimas, tan sólo por falta de vacunación.»

Y en el capítulo XII de esta excelente memoria, encabezado con las palabras TRATAMIENTO SEGÚN LAS FORMAS. *Púrpura febril*, escribe este respetable sentir:

«La medicación que pusimos en práctica contra esta forma, es la misma de que hemos hecho uso contra la púrpura hemorrágica ordinaria. Los resultados siempre desfavorables en la que acompaña a la viruela, y de un éxito seguro en la hemorragia ordinaria, es otra de las razo-

nes que hemos tenido para considerarla como una variedad de la viruela.

. . . . . .

«La letalidad de esta forma es tal, que no da lugar siquiera a que obren los medicamentos.»

*
* *

Se observa a veces que la verdad se desintegra y va revelando paulatinamente sus elementos constitutivos a diferentes individuos, dignos de envidia por haber sido elegidos como sus voceros; retrotraigamos hechos que corroboren nuestras palabras, y con este fin, recordemos que el descubrimiento de la vacunación (ya que de viruela tratamos) se verificó gradualmente, por sucesivas etapas de perfeccionamiento.

Este grandioso acontecimiento se remonta a la antiquísima tradición existente entre los vaqueros y las lecheras ignorantes de Inglaterra, y de ellos extendida a gran número de gentes incultas de la existencia del «mal de las vacas» que aparecía de tiempo en tiempo e inmunizaba contra la viruela a los ordeñadores que lo habían adquirido.

La primera relación, empero, referente a inoculaciones variolosas hechas con resultados negativos en individuos que hubieran sufrido de la vacuna o mal de las vacas, se encuentra entre las observaciones de Nash, médico que murió en 1785.

Downe dice, por su parte, que la inoculación de la vacuna se practicaba en varios casos con buen éxito en 1771, y refiere el caso de un carnicero, vecino de Bridport, que habiendo sido

inoculado con la materia de la vacuna y estado repetidas veces en contacto con personas que sufrían de la viruela, no contrajo nunca la enfermedad. Benjamín Jesty, hacendado que vivió en Yetminster, inoculó en 1774 a su esposa y a sus dos hijos, con el fin de salvarlos de la viruela, el virus tomado de las vacas de un hacendado de Chittenhall, con resultado positivo.

En 1796 Eward Jenner repitió, comprobando la verdad de los hechos observados por sus predecesores, y reveló además al mundo científico que la linfa tomada de una pústula vacinal humana obtenida adrede e inoculada a otro individuo, lo preserva de la viruela de modo seguro; en esto estriba principalmente su gloria y el concepto en que merecidamente se le tiene de ser uno de los más grandes benefactores de la humanidad.

En cambio, en otras ocasiones, por cierto rarísimas, la verdad se revela en todo su esplendor, de súbita manera, a dos o mas sabios, como lo prueba el hecho de que Hebra hubiera escrito, con ligera anterioridad a la época en que el docto Proto Gómez trasladó al papel sus impresiones sobre la *púrpura febril variolosa*, las siguientes líneas que entrañan conceptos idénticos a los expresados en su memoria por nuestro eminente compatriota: «Hay una forma de viruela en la que sólo se manifiestan manchas hemorrágicas. A los síntomas febriles, que sobrevienen de repente con gran intensidad acompañados de delirio, somnolencia, movimientos convulsivos y calambres, sigue la aparición de manchas hemorrágicas en la piel, del tamaño de un grano de

mijo, o de una lenteja. Estas manchas crecen aprisa, se multiplican, y en veinticuatro horas cubren todo el cuerpo. *Estos casos terminan casi todos por la muerte, en el espacio de tres a cinco días.* En la autopsia se encuentra la piel llena de manchas equimóticas, lo mismo que el tejido celular y las membranas serosas y mucosas»; y coincidencia curiosa: cuando el doctor PROTO GÓMEZ se dedicaba de lleno en el Hospital Militar de San Eloy de Montpellier a estudiar las diversas heridas de los ojos, a seguir su marcha y a estudiar sus consecuencias, segaba vidas en París la *viruela negra* o *hemorrágica precoz, que es más terrible que la tardía, y siempre mortal.* Dilulafoy, de altísima y no discutida competencia clínica, es el autor del anterior concepto, reforzado por su larga experiencia personal, pues trató gran número de casos, todos fatales, en el servicio de Axenfeld, cuyo interno era en esa época (1871). GÓMEZ, que más tarde haría gala de ojo clínico y de observación concienzuda en la misma enfermedad, no se dio cuenta de dicha epidemia por hallarse lejos de su campo de acción embebido en los trabajos preparatorios e indispensables pera su brillante tesis.

En el año de 1880 se doctora Gachon en París y pone de manifiesto las mismas verdades en su tesis referente a la «Variole hemorragique, mortalité avant l'eruption.» Y en nuestros días el conspicuo Mortz Kaposi, sabio vienés respetabilísimo y continuador de Hebra, escribe sobre la púrpura febril propiamente dicha, de GÓMEZ, y que él llama «púrpura variólica precoz,» a causa de la celeridad de su desarrollo, lo que sigue:

«Esta enfermedad, que en conjunto presenta síntomas tan numerosos, cumple su evolución total en un lapso de veinticuatro a treinta y seis horas.

«Desde el momento en que la púrpura variólica ha hecho su aparición, bajo forma de rubicundez difusa, el diagnóstico de esta forma de viruela hemorrágica es ya posible, y al mismo tiempo se puede pronosticar su marcha rápida y absolutamente fatal. De hora en hora las hemorragias y perturbaciones intelectuales hacen progresos. Es completamente imposible referir los síntomas a tales o cuales circunstancias, pues a cada instante que pasa, la escena cambia, y el enfermo empeora a tal extremo que la viruela hemorrágica causa la muerte tan rápidamente como no lo hace ninguna otra enfermedad general.

«En raros casos la marcha de la viruela hemorrágica dura más de dos días, de manera que la muerte se verifica más tarde, pero nunca después del tercer día médico, comenzando a contar los días desde la aparición del exantema.

«En el curso, de ordinario extremadamente rápido, de la púrpura variólica, no se comprueba, en verdad, ningún indicio de eflorescencias variólicas reales; es permitido, sin embargo, suponer, en vista de lo que sucede en los casos en que la enfermedad se ha prolongado algo más, que la pronta llegada de la muerte hace imposible el desarrollo de toda erupción. En estas circunstancias se presencia, como decían los antiguos observadores, un caso de "viruela sin viruelas."

Quedan pues justificadas las apreciaciones del famoso médico colombiano acerca de la terminación, siempre por muerte, de la viruela hemorrágica, y de la gran prontitud característica de la marcha de este proceso patológico.

*
* *

Llega al pasmo nuestra admiración, y a él llegará también la vuestra, en lo tocante a los trabajos micrográficos y a las biopsias que el doctor Proto Gómez verificó en época en que casi se ignoraba, entre nosotros, todo lo relacionado con dichas manipulaciones, que él narra sencillamente así:

«Una mujer fue llevada al Hospital de Caridad a una de las salas de clínica del doctor Nicolás Osorio. El doctor J. V. Uribe y yo fuimos invitados para reconocerla; del examen que le hicimos dedujimos que estaba atacada de púrpura febril.

«En presencia de la mayor parte de los alumnos de las clínicas procedimos a examinar la sangre por medio del microscopio; pero antes de observar a la mujer enferma, resolvimos hacer un estudio comparativo tomando la sangre de dos personas en buena salud, de las que estaban allí presentes; ésta (la sangre) se veía compuesta de un líquido transparente y ligeramente citrino, en el cual se movían con mucha facilidad unos glóbulos que tenían la forma de un disco bicóncavo, de bordes regulares, de una coloración amarillo-rosada, que pasaban unos al lado de otros sin pegarse.

«Luégo examinámos la sangre de la enferma, tomada en el pliegue del codo. Vimos que el líquido, en lugar de presentar la transparencia y la coloración que dejamos apuntadas, era menos transparente y de un color rosado; que los glóbulos estaban deformados, que sus bordes eran irregulares y de forma discoide, y que la parte cóncava estaba más oscura que los bordes; que dichos glóbulos no se movían y parecían aglutinados y en montones: habían perdido, pues, todos los caracteres fisiológicos.

«La sangre sacada de la vena tenía un color negruzco, análogo al de la que vomitan los individuos atacados de las fiebres hemorrágicas remitentes del Magdalena; abandonada en un vaso, no se coagulaba;. una parte se precipitaba formando más bien un sedimento que un coágulo, y lo que sobrenadaba, tenía una coloración vinosa que teñía las paredes del vaso; el sedimento era de un color negruzco.

«No hay, pues, la menor duda de que los glóbulos rojos son profundamente atacados en la púrpura febril; rotos, dejan escapar la hemoglobina; de allí.la coloración vinosa del plasma; de allí la agrupación de los glóbulos y los demás fenómenos que observámos.

«Todos conocemos el papel importante que representan los glóbulos en los actos de nutrición y de asimilación.

«El papel principal, dice Carlet, que desempeñan los glóbulos rojos es el de llevar el oxígeno a los tejidos. Se sabe, según los descubrimientos recientes, que el oxígeno de la sangre está fijado en totalidad en la hemoglobina de los glóbulos rojos.

«Es necesario hacer notar que los glóbulos rojos fijan el ácido carbónico a medida que pierden el oxígeno, y ya hemos visto que según mathieu y Urboni, pueden retener un volumen considerable de gas ácido.

«La nutrición está ligada a la digestión por el plasma y a la respiración por los glóbulos: la sangre es a la vez el alimento y la cloaca colectora del organismo, el medio interior en el que simultáneamente todo se organiza y se desorganiza.

«Por este ligero análisis se llega a comprender el porqué de la casi incurabilidad de la púrpura febril y la rapidez de su marcha.»

Sabios contemporáneos, gloriosos exponentes de la ciencia europea, confirman la veracidad de los hechos observados por el doctor PROTO GÓMEZ con los siguientes irrecusables testimonios:

A la autopsia se encuentran hemorragias más o menos extensas en casi todos los tejidos y en todos los órganos internos: en las membranas serosas, en los músculos, en el periostio, en los órganos parenquimatosos, hígado, riñones, y a veces en las meninges, en las cubiertas de los nervios, etc. *La sangre que se encuentra en el corazón*, EN LAS VENAS *y en los parénquimas* ES ROJO-NEGRA, FLÚIDA, y parece jugo de ciruelas pasas. (Kaposi).

Las alteraciones de la sangre son notables: los gases disminuyen hasta reducirse a su mitad en las formas hemorrágicas (Brouardel).

El descenso de la hemoglobina comienza antes de la erupción y continúa hasta el fin de la enfermedad. (Opinguaud).

Los globulos rojos se deforman y pierden la propiedad de fijar el oxígeno (Dieulafoy).

***

Además de estos trabajos del doctor PROTO GÓMEZ, que hemos analizado con notoria deficiencia y que pueden ser considerados desde otros puntos de vista, pueden verse para ser comentados de competente manera y dados luégo a conocer (pues como consecuencia de la indolencia y de la apatía propias de nosotros los colombianos, la labor de nuestros prácticos y de nuestros hombres de ciencia pasa siempre inadvertida) los siguientes artículos, escritos también por su áurea pluma:

«Juntas Médicas,» «Eclampsia en los primeros meses del embarazo,» «Hospital de San Juan de Dios,» «La antipirina y el elemento febril en las enfermedades,» «Antipirina y cornezuelo de centeno,» «Aureliano Posada» (necrología), «Estudio sobre la causa de la muerte de las moscas en Bogotá» (en colaboración con el doctor Gabriel Durán Borda), «Hipnotismo,» «Extracto de los trabajos enviados a la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá por el doctor Rodríguez Góngora,» «Difteria,» «Embarazo múltiple,» «Enrique Rodríguez Blanco» (necrología), «Informe sobre el Lazareto de Agua de Dios,» «Informe sobre construcción de lazaretos,» «Midriasis refleja,» «Informe referente al proyecto de ley sobre lazaretos,» «Discurso pronunciado en la sesión solemne del 21 de julio de 1897,» «La peste de Oriente o peste bubónica,» «Sífilis» (A. Fournier, traduc-

ción), «Lepra de los griegos» (Barthelémy, traducción), «Antisépticos» (extractado de P. Réclus), «Cocaína,» «Cafeína,» «Mercurio,» «Viruela, formas anómalas,» «Algunas consideraciones sobre las inoculaciones profilácticas de Cúcuta,» «La fiebre amarilla y las fiebres palúdicas graves,» «Los mosquitos y la fiebre amarilla,» «Informe sobre el empleo de la cocaína,» «Anemia perniciosa,» «Bocio exoftálmico, tratamiento,» «Inconvenientes y peligros del hipnotismo,» «Irresponsabilidad de los charlatanes,» «Importancia de los estudios bacteriológicos,» «Pablo Emilio Molina» (necrología), «Pablo Molina Uribe» (necrología), «La Renguera» (en colaboración con el doctor Gabriel Durán Borda), «Un nuevo libro,» «Asistencia pública de los niños menores de tres años,» «Informe afirmativo sobre la adhesión del Gobierno colombiano a la Convención Sanitaria de Dresde,» «Informe afirmativo sobre la permanencia en sus casas de los virolentos que cumplan con las medidas de desinfección y de aislamiento prescritas por la Junta Central de Higiene,» «Profilaxis de la peste de Oriente o bubónica,» «Profilaxis de las afecciones tíficas,» «Informe de una Comisión sobre los trabajos del doctor J. Santon, relativos a la lepra,» «Carta-informe referente a un trabajo sobre lepra, del doctor R. Navarro,» «Epidemias de ictericia y colerina en Bogotá y pueblos vecinos,» «Fiebres epidémicas de la hoya del Magdalena. Naturaleza de estas fiebres» (en colaboración con el doctor Nicolás Osorio), « Discurso de posesión de la Presidencia de la Sociedad de Medicina y Cien-

cias Naturales,» «Discurso para dar posesión al doctor José V. Uribe en sesión solemne de la Academia de Medicina de Bogotá,» «Indicaciones terapéuticas al principio del estrangulamiento interno. Doctor Gentilhomme.» (Extracto), «Anemia perniciosa, por el doctor A. Dorane.» (Extracto) etc.

Para concluír formulamos un voto vehemente: ¡que cada uno de nosotros lleve a término la óptima y titánica labor científica realizada por el eximio doctor PROTO GÓMEZ, digna del aplauso de la posteridad!

DISCURSO DE CONTESTACION

DEL DOCTOR ARTURO ARBOLEDA

Señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina, señor doctor don Víctor Ribón, señores académicos:

«Bien venido, colega, bienvenido». Tal es la frase que en esta noche, para nosotros tan grata, dice por medio de mi boca la Academia Nacional de Medicina y Ciencias Naturales, quien me ha honrado haciéndome su vocero, papel que he aceptado tanto más gustoso cuanto que se trata de felicitar y recibir entre nosotros a mi personal amigo y al verdadero hombre de ciencia.

Habéis sido elegido como miembro de número en el más antiguo y respetable Cuerpo medico de Colombia, y este vuestro merecido título de académico lo habéis adquirido por el doble derecho de nacimiento y de conquista. Vástago

ilustre de esclarecida familia momposina que en las armas, las artes y las ciencias ha ocupado puesto preferente entre sus conterráneos, teníais, por ley de atavismo y selección, que culminar en el terreno artístico y científico.

El doctor Víctor Ribón, vuestro abuelo, médico y naturalista consumado, y venerable tronco de los Ribón Morón, supo con tal acierto dirigir las inclinaciones artísticas y científicas de sus hijos, guiándolos por sabios y rectos senderos que habrían de conducirlos a coronar sus brillantes carreras, que Mompós pudo gloriarse de ser la cuna de vuestro tío el Coronel Isaac Ribón, fundador de «La Palestra,» periódico que después dirigieron por largos años vuestro padre y su hermano don Andrés; de «El Museo de la Juventud,» de «El Museo Literario,» y cuyo volumen de versos y artículos escogidos es tan conocido por los amantes de la literatura. Pintor y músico notable, de imperecedera memoria entre los momposinos que de generación en generación van repitiendo su inmortal himno a Mompós, lleno de alta poesía e inspirada música.

En los «Anales» de nuestro Congreso Nacional puede seguirse, durante varios años, la intensa labor de vuestro tío el doctor Francisco de Paula Ribón, verdadero sabio educado en París, donde hizo profundos estudios de ciencias naturales, quien de regreso a su patria dirigió también sus fecundas y múltiples actividades hacia el campo de la historia escribiendo su interesante obra titulada «Estadística de Mompós» y en cuyo vasto cerebro tuvieron las artes tan am-

plia cabida, llevándolas a tal veneración, que a pesar de su competencia en la pintura, no quiso retocar las florecientes carnes del Resucitado de Mompós, que después, manos profanas, y con brusco pincel, pusieron en el estado en que hoy se encuentra.

Y vuestro tío don Andrés, músico, pintor, naturalista y decidido patriota por su actuación en la Asamblea de Cartagena; y en fin, vuestro venerado padre, don Leopoldo, médico afamado, naturalista, pintor y músico que de sus propios fondos costeó, para su ciudad natal, una banda de música, con sus instrumentos, uniformes y escogido repertorio y que con inspiradas notas cantó, lleno de entusiasmo y patriotismo, las glorias del inmortal Bolívar.

Con tal herencia, con tales ejemplos y con tales estímulos no podríais menos que dedicaros a las artes y las ciencias; y entre estas últimas escoger la medicina en unos de sus más interesantes ramos, la oftalmología y la otorrinolaringología, que habéis logrado dominar con singular competencia, como habrán de verlo los alumnos de San Juan de Dios, cuyo Jefe de Clínica sois, según reciente decreto del Ministerio de Instrucción Pública.

Conocida de todos vosotros, señores académicos, es la actuación científica del doctor Ribón, que le ha valido, entre otras muchas distinciones, la de venir a ocupar el sillón que dejó vacío la lamentada desaparición de nuestro ilustre compañero el doctor Proto Gómez, primer

propagador entre nosotros de la especialización en los estudios de oftalmología.

Bachiller del colegio del Rosario, graduado de médico y cirujano en 1899 con su tesis «Curación de la hernia inguinal por el método esclerógeno,» ha llevado a cabo desde entonces una brillante y tenaz labor científica que puede resumirse en lo que de él dice, entre otras cosas de su biografía, la «Revista Cubana de Oftalmología»:

«Obtenido el ansiado título de la Facultad de Medicina, el doctor Ribón se trasladó a Europa, ampliando sus conocimientos en París y en Roma. En la Ciudad Luz estuvo tres años haciendo brillantes estudios de ampliación con los doctores Faure, Schwartz, Lecene, Nathan Larrier, Gouraud, Loeper y Dieulafoy, frecuentando también las clínicas de Castex, Terrier, Gosset y Reclus; y estudiando en la clínica del inmortal X. Galezowski, tanto bajo la dirección de éste como bajo la de su hijo el doctor Jean Galezowski y de los doctores Beauvois y Favre. El doctor Xavier Galezowski confirió al doctor Ribón el diploma de idoneidad en oftalmología.

«De París se trasladó nuestro ilustre compañero a Roma, donde, bajo la dirección de Mazzoni, en el Hospital de San Juan de Letrán, y bajo Alessandri, en el Policlínico, obtuvo un nuevo ensanchamiento de progreso. Allí asistió también el doctor Ribón a otros hospitales, entre ellos al del Espíritu Santo para tuberculosos.

«Una vez de nuevo en su suelo natal y ya establecido de fijo en Bogotá, ha sido desde 1912

hasta la fecha: Director de Higiene y de Salubridad Municipal, en dos ocasiones; Oficial de Sanidad del Regimiento "Bolívar" número 1; Médico de la Sociedad de San Vicente de Paúl; Miembro de número de la Sociedad de Oftalmo-otorrinolaringología; Oficial de Estadística de los Lazaretos de la República, y colaborador de la *Revista Médica de Bogotá*, órgano de la Academia Nacional de Medicina.

«Otro aspecto de la hermosa y fructífera vida de nuestro compañero, del cual no podría él desprenderse aunque quisiera, pues pertenece a una distinguida familia de artistas, es su dedicación al dibujo y a la música, sobre todo a esta última, a la que dedica los ratos de ocio, y además de practicarla escribe críticas musicales.»

Fuera de que muchas de nuestras publicaciones noticiosas y científicas están engalanadas por la brillante pluma del doctor Ribón, actual Profesor de Anatomía artística en la Escuela de Bellas Artes, su nombre ha franqueado nuestras fronteras contribuyendo a hacer brillar en el Extranjero la cultura e ilustración de los colombianos.

Su trabajo sobre «Centros psicoópticos y psicoauditivos,» que vio la luz en el «Repertorio de Medicina y Cirugía,» fue reproducido en la «Revista Cubana de Oftalmología» y ampliamente comentado por «The Journal of the American Medical Association.»

Su interesante artículo sobre «Curación de la lepra,» publicado por «El Tiempo» de Bogotá, fue reproducido por la «Crónica Médicoquirúrgica» de La Habana; y su disertación sobre

«Colores y Sonidos» reproducida y comentada por «El Tiempo» de Lima. «Ambliopías Tóxicas» publicadas en el «Repertorio de Medicina y Cirugía,» fueron también reproducidas por la «Revista Cubana de Oftalmología,» y por último, «The Journal of the American Medical Association,» de Chicago, se ocupa extensamente en su trabajo titulado «Persistencia indefinida del gonococo en la uretra humana,» que le ha valido su ingreso como miembro de número a la Academia Nacional de Medicina, en cuyo nombre, y en el mío propio, le digo una vez más: bien venido, colega, bien venido. He dicho.